

ESTUDIOS CLÁSICOS

El águila y el nopal

Alfonso Caso

Hay ideas perdurables, capaces de resistir aún la destrucción de la cultura en la que nacieron y se nutrieron. Cuando los hombres que labraron la tierra y construyeron la ciudad han desaparecido, y cuando esta misma yace bajo los cimientos de la metrópoli que construyeron los conquistadores, los símbolos siguen viviendo y nos transmiten, hoy como antaño, sus enseñanzas.

Y es que ciertas ideas, aun expresadas concretamente en la forma del mito, tienen un contenido universal, que corresponde a una necesidad humana o a un ideal humano, que pasa por encima de las ideas particulares de una cultura y salva las contingencias de la historia.

El símbolo que me propongo tratar, el águila y el nopal, es, como todos sabemos, el de la fundación de nuestra ciudad; pero más tarde se convierte en el emblema de nuestra nación y figura en el Escudo Nacional.

Nada hacía prever, cuando Tenoch y sus compañeros llegaron a las playas de la pequeña isla que apenas sobresalía del nivel de las aguas del lago, que la ciudad que iban a fundar y que imaginaban localizar donde el águila se posara sobre el nopal, había de llegar a ser la espléndida metrópoli de hoy, una de las grandes capitales del mundo y el centro de nuestra patria.

Y ocurre preguntarse ¿qué fuerza había en el pueblo azteca que lo hizo sobreponerse a sus contemporáneos más poderosos, más antiguos en el dominio del valle y más cultos? Quizá, como pienso demostrarlo, el análisis del símbolo de la fundación de la ciudad será capaz de revelarnos esta fuerza que radicaba en la nación azteca y en su cultura; indicarnos cuál era la idea fundamental que constituía el eje del pensamiento que los mismos aztecas tenían del objeto de la vida, individual y colectiva; en suma, de su filosofía.

Resumamos brevemente lo que cronistas e historiadores, indios o españoles, nos dicen a propósito de la fundación de Tenochtitlán.

La tribu azteca, que había emprendido larga peregrinación, salió de Aztlán el año *1 Tecpatl* 1116, A. D., según el más fehaciente documento que conservamos, la llamada *Tira de la peregrinación* o *Códice Boturini*, y duró en sus andanzas 208 años, o sea exactamente cuatro siglos indígenas de 52 años.¹

¹ Las diversas fuentes están de acuerdo en que esto fue en un año *1 Tecpatl*, pero difieren en la duración de la peregrinación o en la correlación con nuestro calendario. Así:

Habiendo salido de Aztlán en un año llamado *Ce tecpatl*, 1 Pedernal (1116), tenían forzosamente que iniciar su nueva vida en un año del mismo nombre. Por eso la fundación de Tenochtitlán se hace también en un año *1 Tecpatl*, 1324, según el intérprete del *Códice Mendocino*, aunque la pintura, que ya los representa asentados en Tenochtitlán, está enmarcada por una serie de años que principian por *Ome calli*, 2 Casa, 1325, o sea precisamente al año siguiente.²

Ahora bien, como los aztecas no computaban el bisiesto, su año resulta menor que el nuestro, por lo que sí es cierto que, por ejemplo, *casi* todo el año de 1519 correspondió al indígena *Ce acatl*, 1 Caña; el año *Ce tecpatl* de la fundación de la ciudad correspondió en parte a 1324 y en parte a 1325, y como no sabemos el día o el mes del acontecimiento, pudo ser en el año *Ce tecpatl*, como dice el intérprete del *Mendocino*, pero en 1324 o en 1325.

Otro hecho, muy importante para los aztecas, consignan sus anales, acaeciendo en *Ce tecpatl*: es el nombramiento de su primer rey, *Acamapichtli*, que sucede precisamente cuando habían transcurrido 52 años de la fundación de la ciudad, es decir en 1376.³

Así que la salida de Aztlán es en el año *Ce tecpatl* 1116; la fundación de Tenochtitlán, 208 años después, en uno llamado también *Ce tecpatl* 1324; y la elección del primer rey en otro año *Ce tecpatl* 1376, a los 52 años, o sea un siglo indígena, de la fundación.

¿Qué razón tuvieron los aztecas para elegir precisamente los años *Ce tecpatl* para estos acontecimientos tan importantes? La razón es perfectamente clara, si consideramos que el pueblo azteca estaba al servicio de un ideal religioso.

En efecto, en el calendario ritual o *tonalpohualli*, que era usado por los sacerdotes y adivinos para predecir la suerte de los hombres, el día *Ce tecpatl*

Según Orozco y Berra fue en	<i>1 Tecpatl</i>	648 A. D.
Según <i>Historia de los mexicanos por sus pinturas</i>	<i>1 Tecpatl</i>	960 A. D.
Según <i>Tira de la peregrinación</i>	<i>1 Tecpatl</i>	1116 A. D.
Según <i>Codex mexicanus</i> 23, Bib. Nt. París, Seler (Anónimo 2) y <i>Codex Aubin</i> , 1576	<i>1 Tecpatl</i>	1168 A. D.
Según Anónimo Veytia, t. II, p. 96 (pereg. 104 años)	<i>1 Tecpatl</i>	1220 A. D.
Según <i>Códice Ramírez</i> , la salida de Tula fue en 1168, por lo que la salida de Aztlán sería 52 años antes en		1116 A. D.

2 *Códice Mendocino*, f. 2r.

3 *Códice Mendocino*, f. 2v. Orozco y Berra, "Ojeada sobre cronología mexicana", en Tezozómoc, *Crónica mexicana*, México, 1878, p. 204-205.

está dedicado al dios *Huitzilopochtli*, por ser el día de su nacimiento,⁴ y por esta razón *Huitzilopochtli*, el dios tribal de los aztecas, se llama por su nombre calendárico, *Ce tecpatl*, así como el gran dios de los toltecas, *Quetzalcoatl*, se llama *Ce acatl*, 1 Caña.

El año que se llamaba como su dios debe haber sido considerado por los sacerdotes y adivinos como particularmente dichoso y propicio para intentar aquellas cosas que iban a tener una importancia fundamental en la vida de la tribu: el inicio de la peregrinación, la fundación de la ciudad, la creación de la monarquía.

Es indudable que el hecho que iba a determinar el sitio en el que la ciudad azteca sería definitivamente fundada: el encontrar el águila sobre el nopal, es un símbolo que los sacerdotes señalaban al pueblo para que lo considerara como límite de sus trabajos, pero que tenía para ellos un valor mágico que explicaba no sólo la fundación de la ciudad en un sitio determinado, sino la causa misma de la peregrinación. Era un símbolo que debía manifestar que las promesas del dios hechas al iniciarse la peregrinación iban a ser cumplidas y que el hallazgo del nopal del águila decía que *Huitzilopochtli* consideraba que el lugar era propicio para que su pueblo realizara las grandes cosas por él ofrecidas. Oigamos lo que el dios había dicho a su pueblo, por conducto de sus sacerdotes intérpretes:

De verdad os iré conduciendo adonde habréis de ir, apareceré como águila blanca; por donde hayáis de ir, os iré voceando; id viéndome no más; y cuando llegue allí, adonde me parezca bien que vosotros vayáis a asentaros, allí posaré, allí me veréis, ya no volaré; de modo que luego allí haced mi adoratorio, mi casa, mi cama de hierba, donde yo estuve levantado para volar; y allí la gente hará casa, os asentaréis.⁵

La primera cosa que os adornará, será la cualidad de águila, la cualidad de tigre, la guerra sagrada, flecha y escudo; esto es lo que comeréis, lo que iréis necesitando; de modo que andaréis atemorizando: en pago de vuestro valor andaréis venciendo, andaréis destruyendo a todos los plebeyos y pobladores que ya están asentados allí, en cuanto sitio iréis viendo.

4 Antonio de León y Gama, *Las dos piedras*, etcétera, México, Ed. Bustamante, 1832, cap. I, párrafo 7, p. 20.

5 Cristóbal del Castillo, *Fragments históricos*, Florencia, Ed. F. del P. Troncoso, 1908, p. 64 y 87.

Y ofrece para los conquistadores y hombres valientes, las mantas labradas, los *maxtles*, las plumas colgantes de quetzal, para que sean sus divisas y sus escudos, y recibirán “las cosas en general: lo bueno, lo plácido, lo fragante, la flor, el tabaco, el cantar: toda cosa cualquiera que sea”.⁶

Asimismo también fui yo mandado de esta venida, y se me dio por cargo traer armas, arco, flechas y rodela; mi principal venida y mi oficio es la guerra, y yo asimismo con mi pecho, cabeza y brazos en todas partes tengo de ver y hacer mi oficio, en muchos pueblos y gentes que hoy hay... Primero he de conquistar en guerras para tener y nombrar mi casa de preciada esmeralda y oro y adornada de plumería, adornada la casa de preciada esmeralda transparente como un cristal, y asimismo tener y poseer géneros de preciadas mazorcas, cacao, de muchos colores de algodón e hilados: todo lo tengo de ver y tener, pues me es mandado, y mi oficio, y a eso vine.⁷

Y en Coatepec les había dicho:

Ea, mexicanos, que aquí ha de ser vuestro cargo y oficio, aquí habéis de guardar y esperar, y de cuatro partes cuadrantes del mundo, habéis de conquistar, ganar y avasallar para vosotros; tened cuerpo, pecho, cabeza, brazos y fortaleza, pues os ha de costar asimismo sudor, trabajo y pura sangre, para que vosotros alcancéis y gocéis las finas esmeraldas, piedras de gran valor, oro, plata, fina plumería, preciadas plumas de colores, fino cacao de lejos venido, algodón de diversos tintes, diversas flores olorosas, diferentes maneras de frutas muy suaves y sabrosas, y otras muchas cosas de mucho placer y contento.⁸

Pero para alcanzar este dominio sobre todos los otros pueblos, que era el premio, los aztecas debían servir de instrumento a su dios; eran el pueblo elegido por él para realizar la función cósmica que representa el sacrificio humano.

Tenochtitlán es la ciudad fundada en el centro del Lago de la Luna, el *Metztlitlan*, que rememora aquel otro lago que rodeaba la isla de Aztlán, “la tierra de la blancura”, de donde salieron los aztecas por mandato de su dios.⁹

6 Cristóbal del Castillo, *Fragmentos históricos*, p. 61 y 84, 85.

7 Tezozómoc, *Crónica mexicana*, p. 225-226.

8 Tezozómoc, *Crónica mexicana*, p. 228-229. Véase también *Códice Ramírez*, p. 23.

9 Cristóbal del Castillo, *Fragmentos históricos*, p. 58 y 83, 66, 67, 89, 90.

Allí, en el medio del agua (*anepantla*), estaba la isla que se llamaba *México*, y cuyo nombre posiblemente deriva de *metztli* (luna), *xictli* (ombli-go, centro) y *co* (lugar), dando en su composición la palabra *Mexi-co*, o sea “en el centro de la Luna”, por “el centro del Lago de la Luna”, que era como se llamaba el gran lago de México.¹⁰

Allí en Tenochtitlán, como en su antigua patria, todo era blanco. Así, cuando sus exploradores descubren el sitio en el que será fundada la ciudad,

entre los carrizales y espadañas, hallaron un ojo de agua hermosísimo, donde vieron cosas maravillosas y de grande admiración, las cuales habían antes pronosticado sus sacerdotes, diciéndolo al pueblo por mandado de su ídolo: lo primero que hallaron en aquel manantial fue una sabina blanca muy hermosa al pie de la cual manaba aquella fuente; luego vieron que todos los sauces que alrededor de sí tenía aquella fuente, eran todos blancos, sin tener ni una sola hoja verde, y todas las cañas y espadañas de aquel lugar eran blancas, y estando mirando esto con grande atención, comenzaron a salir del agua ranas todas blancas y muy vistosas: salía esta agua de entre dos peñas tan clara y linda que daba gran contento.

Pero al día siguiente esta agua clara se había transformado y se dividía en dos arroyos: una agua era roja como sangre y la otra “tan azul y espesa que era cosa de espanto”. Los arroyos rojo y azul son simplemente el modo jeroglífico de expresar el *teotl tlachinolli*: “agua y fuego”, es decir la guerra sagrada.¹¹

Si se compara esta descripción del sitio con las figuras de las láminas VI y VIII de la *Historia tolteca-chichimeca*,¹² se notará una extraordinaria coincidencia; aquí también aparecen el tule blanco y el *huexotl* blanco (lámina VI), la sabina blanca y el agua de dos colores, azul y roja, y en la lámina VI una rana encima de un monte nos explica por qué el intérprete habla de que salían del manantial “ranas blancas y muy vistosas”.

Ahora bien, en la *Historia tolteca-chichimeca* estos dos lugares no significan Aztlán ni Tenochtitlán, sino Cholula y Tula: puede tratarse entonces de un error del intérprete, que atribuyó a la ciudad azteca lo que correspondía a otras

10 Cristóbal del Castillo, entre las etimologías que cita para mexicanos, p. 82, menciona *metztli* (luna) como el origen del radical, pero la atribuye a que el dios de ellos era la luna.

11 Anónimo o *Códice Ramírez*, p. 31 y 32.

12 Konrad Th. Preuss y Ernst Mengin, *Die Mexikanische Bilderhandschrift Historia Tolteca-Chichimeca*, Berlín, Baessler-Archiv, Heft IX, 1937.

ciudades, o bien, más probablemente, se trata de una antigua idea mítica, de un lugar ideal que, como la tierra prometida, debía ser reconocido por la aparición de ciertos signos mágicos, que ya los toltecas y chichimecas habían pretendido encontrar en Tula y en Cholula, y que los aztecas buscaban en el sitio que su dios les había prometido para fundar la nueva ciudad que fuera la heredera, en el prestigio político, militar, económico y religioso, de las antiguas metrópolis fundadas por los toltecas. Así, en el párrafo 265 de la *Historia tolteca-chichimeca*, se menciona a Cholula como el lugar en que “come el águila blanca” y, en el párrafo 273, se habla de sauces y juncos blancos.

Pero todavía otras antiguas ideas míticas debían realizarse con la fundación de Tenochtitlán. Durante la peregrinación, una hermana de *Huitzilopochtli*, llamada *Malinalxochitl*, es descrita como persona que, valida de su parentesco con el dios, crea constantes conflictos a la tribu. Siendo maga y hechicera, se transforma en águila y en otros animales y, con sus hechizos y burlas, crea el descontento. Además, “si miraba a una persona, a otro día moría, y le comía vivo el corazón, y sin sentir comía a uno la pantorrilla estándolo mirando, que es lo que ahora llaman entre ellos *teyolocuani* (“comedor de corazón”), *tecotzana*, (“el que quita la pantorrilla”), *teixcuepani* (“el engañador”).¹³

Esta facultad de comer parte del cuerpo humano es todavía hoy, en el folklore popular, atributo de la luna, y así se recomienda a las mujeres embarazadas que no vean a la luna, sobre todo en el momento de un eclipse, pues podría el niño nacer con labio leporino, o sea *tencuo*, “comido de labio”, como se les llama en náhuatl. Y es que la luna con sus cambiantes faces da la idea del que se transforma constantemente, del *nabual* por excelencia, y del que es comido, el que pierde parte de su cuerpo. También en otras leyendas *Coyolxauhqui* o *Malinalxochitl* aparece como la luna.¹⁴

La tribu decide abandonar a la diosa y ésta, con sus parciales y sus ayos, va a establecerse en Malinalco y tiene un hijo, llamado *Copil*, que, en lucha contra los aztecas, es sacrificado y su corazón, arrojado al centro de la laguna, cae en la isla en la que había de fundarse más tarde Tenochtitlán.

El tunal brota del corazón de *Copil*, pues la metrópoli debía fundarse en el preciso punto en que cayera el corazón del hijo de la luna. En el centro del *meztliapan*, en México, en el centro del Lago de la Luna, debía fundarse

13 Tezozómoc, *Crónica mexicana*, p. 225.

14 Fr. Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, México, 1938, lib. III, cap. I, p. 259.



Lámina 1. Fundación de Tenochtitlán, según el *Códice Mendocino*



Lámina 2. Parte posterior del monolito encontrado en los cimientos del Palacio Nacional



Lámina 3. *Historia tolteca-chichimeca*, lámina VI

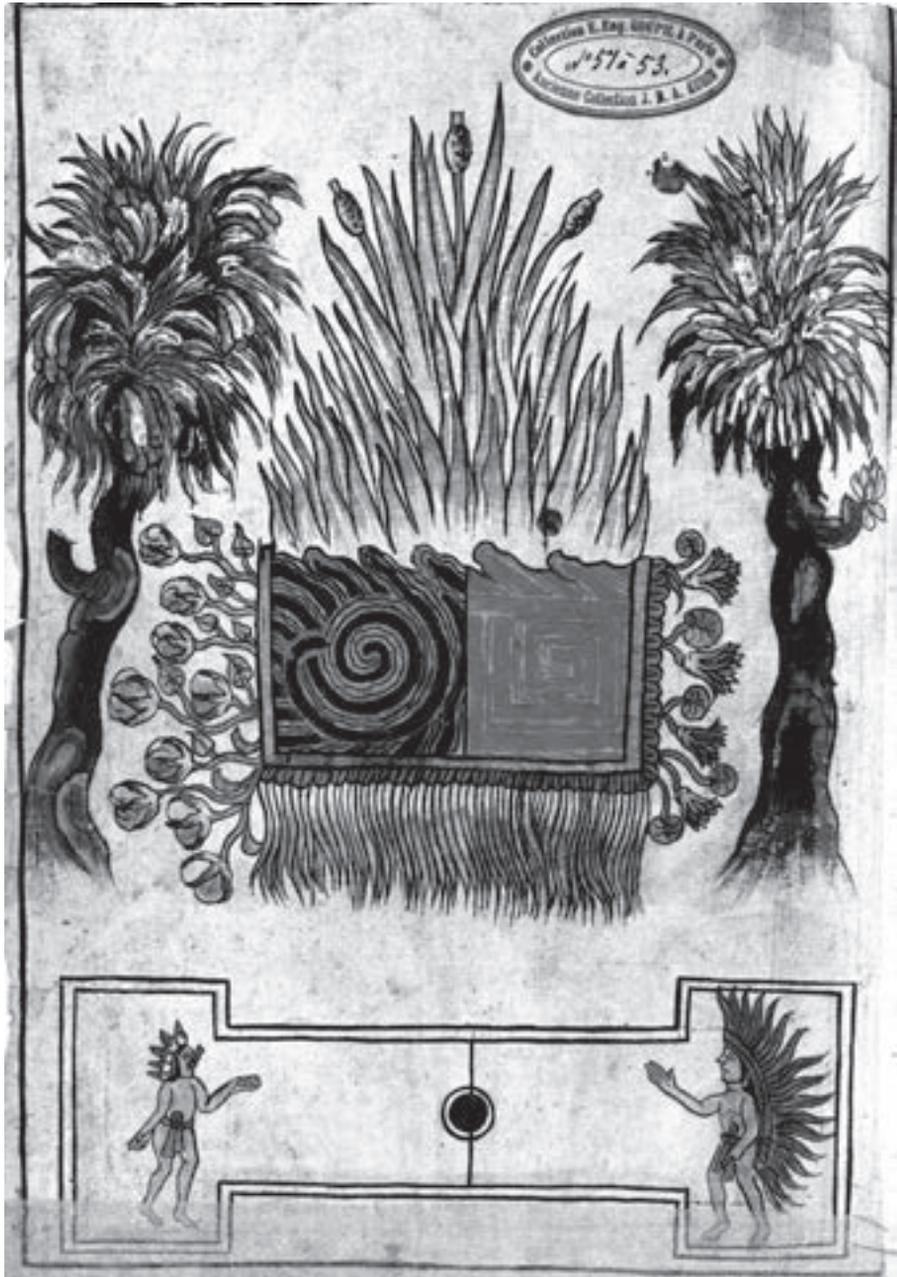


Lámina 4. *Historia tolteca-chichimeca*, lámina VIII

la Ciudad del Sol. En efecto, sobre el tunal engendrado por el sacrificio de *Copil* vendría a posarse el águila.

Se sabe que los dioses mexicanos tenían generalmente un animal o un objeto que los representaba y les servía de disfraz. Así, *Quetzalcoatl* se disfraza de serpiente-ave; *Tezcatlipoca*, el nocturno, se disfraza de tigre y *Xochipilli* de faisán. El animal que sirve de disfraz y es el representativo del dios se llama su *nahualli*.

El dios del sol tiene también, como es sabido, un animal que le sirve de *nahualli*; es el águila. Tan es así que los nombres del sol incluyen los de esta ave; así, *cuauhthlehuantiz* o “águila que asciende” es el sol por la mañana, mientras que *cuauhtémoc* o “águila que cae” es el sol por la tarde. *Cuauxicalli* o “jícara del águila” es el vaso ritual en el que se depositaba la sangre y los corazones que eran ofrecidos al sol y *cuauhnochtli* o “tuna del águila” es, como lo indica el jeroglífico del *Códice Mendocino*,¹⁵ el corazón humano.

Así pues, el águila es el sol, y debemos considerar que su asentamiento sobre el nopal indica que el *Sol-Huitzilopochtli* ha encontrado el lugar en el que reposará definitivamente, después de la larga peregrinación que su pueblo emprendió para encontrar el lugar que había elegido.

Pero, por otra parte, el nopal sobre el que el águila descansa es el *tenochtli* o “tuna de piedra”, es el nombre de la tuna colorada (*Opuntia ficus-indica*. Linn.) tan frecuente en el Valle de México. Tenochtitlán no quería decir, en consecuencia, sino el lugar en el que abundan los nopales con tunas coloradas. Pero la “tuna de piedra”, por su forma y su color, es la que representa en el lenguaje esotérico o *nahuatl* al corazón humano, y, en cuanto que éste es ofrecido en sacrificio al sol, se le llama *Cuauhnochtli* o “tuna del águila”, según ya hemos visto. Por eso es considerado como el alimento del dios.¹⁶

En un magnífico monumento, descubierto hace años en los cimientos del Palacio Nacional, aparece en la parte posterior el nopal y encima el águila; pero el nopal tiene sus tunas transformadas en corazones humanos, lo que demuestra que no se trata de la representación realista de la planta, sino del simbólico nopal que produce los corazones humanos, los *cuauhnochtli* o tunas del águila.¹⁷

El águila posada en el nopal, en la representación a que me estoy refiriendo, agarra dos tunas en forma de corazones, como tomando posesión de

15 *Códice Mendocino*, f. 65r.

16 *Historia tolteca-chichimeca*, párrafo 226.

17 A. Caso, *El teocalli de la Guerra Sagrada*.

ellas, y es que el sol, según la mitología azteca, se alimenta con la sangre y con los corazones humanos.

El águila sobre el nopal significa entonces que el sol está posado en el lugar en que recibirá su alimento. El nopal, el árbol espinoso que produce la tuna roja, es el árbol del sacrificio, y, según la mitología, sólo el sacrificio de los hombres podrá alimentar al sol; sólo ofreciéndole la tuna colorada podrá el ave solar continuar su vuelo.

Y es que el sol es concebido por los aztecas como un guerrero; como el guerrero por excelencia, que tiene que luchar todos los días con sus hermanos, los poderes de la noche, representados por las estrellas, los *centzon mimixcoa* y *centzon huitzahuac*, “los innumerables del norte y del sur”, y por los *tzitzimime*, los planetas, capitaneados todos ellos por la luna, la *Coyolxauhqui* o *Malinalxochitl*.

Si el sol no venciera en esta lucha diaria, si alguna vez fuera débil y no pudiera resistir la acometida de sus innumerables enemigos, los poderes nocturnos se apoderarían del mundo; estrellas y planetas bajarían a la tierra y, como en la trágica noche del fin del siglo, cuando el sol desaparecería, los astros nocturnos se convertirían en fieras espantables que devorarían a los hombres, y así se acabaría el mundo cuando fuera derrotado el sol.

Por eso el águila, representante del sol, se opone al tigre, representante de la noche, y por eso la lucha que en el cielo libra el sol contra los poderes nocturnos debe tener su imitación en la tierra, en la lucha entre los guerreros águilas y tigres.

Los prisioneros que van a ser sacrificados al sol llevan todos la pintura de tiza blanca con rayas rojas verticales, como aparecen pintados los dioses estelares: *Mixcoatl*, que representa la vía láctea, *Tlahuizcalpantecuhitl*, que representa al planeta Venus, etcétera, y llevan sobre los ojos, a manera de antifaz, la pintura negra, bordeada de puntos blancos, que los caracteriza como dioses del cielo estrellado.

Cada prisionero que el azteca toma y sacrifica al sol es una estrella que ha sido capturada. Su corazón debe ser ofrecido al águila divina, para alimentarlo y ayudarlo a seguir en el combate.

Pero esta lucha eterna entre el sol y los poderes nocturnos no es sólo una lucha cósmica entre dos fuerzas que se disputan el dominio del mundo; es también y, sobre todo, una lucha ética, un combate entre las fuerzas oscuras del mal y las luminosas fuerzas del bien, representadas por el sol.

El azteca es entonces un pueblo con una misión. Un pueblo elegido. Él cree que su misión es estar al lado del sol en la lucha cósmica, estar al lado

del bien, hacer que el bien triunfe sobre el mal, proporcionar a toda la humanidad los beneficios del triunfo de los poderes luminosos sobre los poderes tenebrosos de la noche.

Es claro que el azteca, como todo pueblo que se cree con una misión, está mejor dispuesto a cumplirla si de su cumplimiento se deriva el dominio sobre los otros pueblos. Ya desde el siglo XVI la vocación apostólica y civilizadora de los pueblos europeos se encuentra particularmente inflamada cuando aquellos que van a civilizar son poseedores de riquezas que no pueden obtenerse en los países civilizados: oro, especias y perlas en el siglo XVI; petróleo, hule, henequén, quina en el siglo XX.

El pueblo azteca, como todo pueblo imperialista, tuvo siempre una excusa para justificar sus conquistas, para extender el dominio de la ciudad-estado de Tenochtitlán y convertir al rey de México en el rey del mundo, *Cem-Anahuac tlatoani*, y a México-Tenochtitlán en la capital del imperio que titulaban *Cem Anahuac tenuchca tlalpan*, es decir, “el mundo, tierra tenochca”.¹⁸

La idea de que el azteca era un colaborador de los dioses, la concepción de que cumplían con un deber trascendental y que en su acción radicaba la posibilidad de que el mundo continuara viviendo, permitió al pueblo azteca sufrir las penalidades de su peregrinación, radicarse en un sitio que los pueblos más ricos y más cultos no habían aceptado e imponerse a sus vecinos, ensanchando constantemente su dominio, hasta que las huestes aztecas llevaron el poder de Tenochtitlán a las costas del Atlántico y del Pacífico y sometieron a pueblos más adelantados culturalmente y más antiguos en la posesión de las tierras de la Altiplanicie y de las costas.

El símbolo constante de esta fuerza expansiva, de esta explosión religiosa y económica, lo que sintetizaba el ideal azteca en su lucha por el poder y por el bien, era el águila sobre el nopal. El sol, dador de toda vida, podía seguir seguro su camino en el cielo; el águila divina volaría todos los días de oriente a occidente, pues aquí en la tierra, alrededor del *tenochtli*, el árbol del sacrificio, el pueblo azteca se encargaría de luchar por él y proporcionarle su alimento mágico, la vida del enemigo, del hombre-estrella, que representaba a los poderes nocturnos que conspiraban contra la vida del sol.

La cultura azteca, su organización social, su dominio sobre los otros pueblos, desapareció absorbida dentro de la cultura europea. Pero sin su acción imperial la estructura de la Nueva España habría sido imposible. El

18 Tezozómoc, *Crónica mexicana*, p. 253.

Cem anahuac tenochca fue la base sobre la que se construyó la unidad de la Nueva España y ahora la unidad de México. Alcanzada esta unidad, México no es ni será un país imperialista; nuestra misión no es, como la del romano o el azteca, regir a los pueblos, sino vivir en paz con ellos.

Pero el águila y el nopal siguen en nuestro escudo como una inspiración; seguimos creyendo, como el azteca, que es fundamental un ideal que inspire nuestra vida y ese ideal no puede ser otro que el de poner nuestras fuerzas en conjunción, para conseguir el triunfo del bien. Así, el viejo símbolo que movió a los aztecas a través de los desiertos y las planicies del norte, hasta fundar la Ciudad del Sol en medio del Lago de la Luna, sigue siendo actual; sigue inspirando nuestro deseo de crear una gran patria que tenga su centro allí donde por primera vez se posó el águila sobre el nopal.

